

CAPÍTULO CUARTO

EL ESCENARIO AF PAK

EL ESCENARIO AF PAK

JOSÉ MARÍA ROBLES FRAGA

UN MOMENTO CRÍTICO Y DECISIVO

El momento en el escenario afgano-paquistaní es crítico. Al deterioro de la situación de seguridad y al aumento y a la extensión de los ataques de los distintos grupos insurgentes se une el descrédito del reelegido Presidente Karzai después de unas elecciones que conviene considerar como un ejercicio fallido que se une a la corrupción generalizada y a la incapacidad política y administrativa de su Gobierno. La frustrada segunda vuelta de unas elecciones marcadas por el fraude a favor de Karzai han puesto también a la luz los límites de la influencia americana sobre el gobierno que estamos llamados a defender. A la imperiosa necesidad de parar el avance insurgente se une la de hacer posible la «afganización» de la seguridad para permitir una estrategia de salida de las tropas occidentales.

En palabras del General Mc Crystal en su informe al Presidente: «la situación es grave. La misión es realizable pero el éxito exige un enfoque básico nuevo que esté dotado de medios suficientes y apoyado por una unidad de esfuerzo mayor».

La desilusión, el desencanto y el miedo de los afganos componen una explosiva mezcla que debe ser tenida en cuenta en cualquier planteamiento nuevo. Tampoco conviene olvidar que hay que plantear en este debate necesariamente las alternativas posibles y los escenarios más probables posteriores al horizonte de 2010 e incluir en este panorama el escenario regional y muy especialmente el elemento clave de la evolución de Pakistán.

Parece predecible que el giro estratégico, el nuevo caudal de recursos, el cambio de tácticas y el aumento del personal civil norteamericano im-

pondrá a los demás socios en ISAF una respuesta similar o por lo menos una que se acomode y no contradiga la voluntad del Presidente Obama de buscar corregir los errores de la administración Bush y las deficiencias de los años anteriores. Esta es la guerra necesaria y justa proclamada en su día por el entonces candidato en contraposición a la de Irak, cuyo principal pecado en este análisis fue el de distraer recursos y atención a la de Afganistán, que, a diferencia de la otra, sí era inevitable tras el 11-S. En 2002 se habría proclamado a toda prisa una victoria que no era tal pues la dirección de Al-Qaeda y de los talibán había sobrevivido para seguir luchando mientras se reagrupaba en las áreas fronterizas de Afganistán y sobre todo Pakistán.

Muchos de los socios europeos que aplaudieron este discurso deberán ahora asumir las consecuencias no sólo retóricas de aquellas palabras y encontrarán serias dificultades para escapar a la lógica aplastante del consenso político construido en su día en torno a la necesidad de ir a Afganistán y luchar allí contra Al Qaeda y contra sus aliados talibán, incluso con opiniones públicas no poco preocupadas por el rumbo de las cosas en Afganistán y Pakistán.

La retirada es imposible y habrá que seguir el liderazgo americano para lo que sería bueno ir más allá de la mera formulación de objetivos generales e incluso del debate sobre qué tipo de resultado buscamos en términos nacionales y contribuir en este año decisivo a revisar y adecuar los contingentes civiles y militares y las estrategias y tácticas particulares de cada uno de los socios y aliados.

Partir de la realidad no es mal comienzo en esta formulación de intenciones. Convendría pues por abandonar la pretensión de construir un estado imposible ideado lejos de las tradiciones y particularidades de la política afgana en la que los lazos tribales, étnicos y de clanes y la lejanía y desconfianza del poder central tienen más peso que cualesquiera otras consideraciones para nosotros quizás más relevantes. La pobreza extrema (Afganistán es el cuarto país más pobre del mundo), la corrupción y la debilidad histórica del gobierno central son factores nada desdeñables a los que se une sin duda la herencia de treinta años de guerra civil, guerrilla e intervenciones extranjeras de las que la nuestra es nada más que la última.

De alguna forma corremos el peligro de presentar esta nueva propuesta de acción y este gran impulso político y militar como la última oportunidad de Occidente de llegar a consolidar un Afganistán libre de

la amenaza talibán y por tanto de negar a Bin Laden y sus seguidores la victoria frente al Gran Satán mundial, que de no lograrse nos llevaría a la retirada y al abandono una vez más de los afganos a su terrible suerte. Como si esta fuera la última batalla de una guerra que nos hemos resignado a perder si este último intento no sale bien desde la razón y el derecho y por todas las buenas razones del mundo. Y ese es un peligro grave aunque sólo fuese porque para ganar en términos razonables y no abandonar otra vez esa tierra al caos y al enfrentamiento civil nada hay más contagioso entre los afganos que la idea de que nos estamos yendo y que sólo queda esperar un poco más para ver entrar a otro ganador por las puertas y bazares de Kabul y Kandahar. Plantear un horizonte de salida de tropas no puede, en ningún modo, significar que dejaremos de ser responsables de la viabilidad de un Afganistán cuya fragilidad y división necesitará de la constante permanente y atención de la comunidad internacional. La propuesta del Presidente Obama y las aclaraciones posteriores por eso tienen, a la vez, un horizonte temporal y un compromiso general de no abandono.

Esta estrategia debe tener pues opciones y variantes distintas partiendo de la base de que como hemos proclamado en todos los foros europeos, atlánticos y de Naciones Unidas estamos empeñados en un compromiso duradero y sin fecha de caducidad.

De estas elecciones ha salido un Karzai bis deslegitimado en su propio país y desacreditado frente a Occidente y que debe afrontar y resolver el problema político interno que demuestra la ausencia seria de participación de la población pastún en el proceso electoral (sólo un 8% habría participado en esas elecciones en el llamado «cinturón pashtu»), esto es la desafección de la minoría mayoritaria de Afganistán. Este es dato importante, señalado por cierto incesantemente por el vecino paquistaní, que no conviene desdeñar pues de no recuperar pronto el apoyo que tuvo Karzai entre una parte de la etnia pastún difícilmente podremos hablar de un Afganistán estable o de un gobierno sólido en Kabul. Karzai se juega en ello algo más que su propia supervivencia política, quizás hasta la misma posibilidad de que haya un Afganistán unido en el futuro.

Pakistán aparece ya también como una de las claves decisivas para la estabilización de Afganistán, pues no sólo es en sus zonas tribales donde se ubica una especie mini estado talibán reconstituido, sino que es un actor determinante regional y protagonista de un conflicto con la India que es más antiguo aún que el afgano y que envenena toda la región.

LA SITUACIÓN AFGANA

El Plan de Obama no hace imaginable la renuncia occidental a los compromisos asumidos ante la Comunidad internacional, a pesar de la degradación de la situación de seguridad, la frustración en las opiniones occidentales y las dudas y el rechazo de los afganos por la corrupción a todos los niveles, el fraude electoral y la incapacidad de sus gobernantes.

No podemos a pesar de ello comparar en modo alguno el cansancio de las opiniones públicas occidentales con el sentimiento que tienen los afganos respecto de lo que les ocurre y que sigue siendo favorable a la presencia de las tropas extranjeras pero que ahora se complementa del miedo al regreso de los talibanes, del cansancio de esta guerra interminable y de la frustración por la dificultades de la vida cotidiana.

A pesar de los aumentos anunciados no hay ni habrá tropas extranjeras suficientes para controlar todo el territorio si el Ejército afgano no es capaz de desplegarse en un plazo razonable y actuar por sí sólo o con apoyo occidental y de resistir los ataques de la insurgencia. Hacen falta, en fin, más soldados en el terreno aunque esto sin duda no baste para revertir esta degradación de los niveles de seguridad. En 2008 se produjeron un 34% más de choques armados, casi un 37% más de muertes en ISAF y un 50% más de bajas civiles. A lo largo de 2008 ya hubo más bajas en Afganistán que en Irak mientras un número creciente de distritos han pasado a ser controlados por los distintos grupos insurgentes, talibanes bajo la autoridad de la Shura de Quetta, la red Haqqani y el Hiz-e-islami de Hekmatiar sobre todo. Incluso distritos del Norte y del Oeste, alejados de la Línea Durand, que separa a Afganistán de Pakistán, y de las zonas pastunes han visto aumentar los ataques y la presencia insurgente.

Aunque el entonces candidato Obama habló, en marzo de 2009, de un aumento de la presencia de personal civil (un «civilian surge») como elemento novedoso de la alternativa demócrata en Afganistán lo cierto es que poco cabe hacer en este terreno en las actuales condiciones de seguridad que han empeorado incluso en Kabul cuya seguridad ha asumido el ejército afgano y llevado a la evacuación en principio provisional de una parte del personal expatriado de NNUU. No es posible imaginar la llegada y el despliegue de centenares de cooperantes y técnicos norteamericanos a Afganistán para promover el desarrollo económico y social y poner en marcha proyectos de infraestructura corriendo un riesgo todavía inaceptable. Por el contrario de producirse avances en materia de seguridad estos proyectos podrían muy bien acompañar una nueva estrategia

anti insurgente que buscase el consenso de la población y la mejora de sus condiciones de vida.

ISAF y Enduring Freedom tendrán, a partir de ahora, el propósito no tanto de eliminar a los enemigos como defender y proteger a la población amenazada. Se plantearía así una guerra nueva y distinta que necesitará de reglas de enfrentamiento diferentes en las que se limitarían los ataques aéreos y, en consecuencia, aumentarían los riesgos de los soldados pues se disminuiría su capacidad de fuego en la búsqueda de un descenso de las bajas civiles y demás daños colaterales. Aunque es lógico suponer que el mapa de las zonas a proteger y de las poblaciones dejadas a su suerte al país se mantendrá secreto parece previsible que el esfuerzo se concentre en Kabul y en las ciudades más pobladas y en asegurar el eje de comunicaciones que representa el anillo circular que une al país así como las carreteras que aseguran el comercio y el abastecimiento de la población y de las redes logísticas de ISAF desde los países vecinos.

Lo más probable es que a lo largo de 2009 y 2010 veamos, más allá de los 30.000 soldados más anunciados por la Casa Blanca, una combinación ajustable y variable de más tropas de combate y de apoyo norteamericanas y un aumento considerable en el número de instructores y consejeros para el ejército nacional afgano y la policía tanto de los EEUU como de los demás miembros de ISAF.

La primera consecuencia de este aumento del número de soldados norteamericanos será de hacer aumentar todavía más la hegemonía de los Estados Unidos en Afganistán y por lo tanto hará disminuir el peso relativo de los demás socios y aliados, que, presumiblemente también aumentarán el número de sus soldados en ISAF.

Podrían así desde esa superioridad militar en el terreno plantearse operaciones y opciones para las que hasta ahora ha sido difícil obtener el apoyo o la participación de algunos países europeos, extender aún más el radio de sus acciones en zonas amenazadas por la insurgencia del Norte y del Oeste y hacer seguir en fin a los demás la táctica contra la insurgencia que verá la luz en Washington, que, por otra parte, se acerca bastante a lo que proponían, al menos teóricamente, algunos aliados europeos.

Como la revisión estratégica ha sido acompañada a lo largo del verano y otoño de 2009 por un aumento en los ataques en Kabul contra la comunidad expatriada parecería haberse frustrado al menos temporalmente ese «civilian surge» americano, con lo que de esa nueva estrategia quedaría casi como baza predominante la de una política de lucha contra la insur-

gencia distinta que, a partir de un refuerzo militar, permita asegurar mejor el territorio y optar a revertir una situación que parece estar escapándose de nuestras manos.

La nueva administración americana ha transformado a Afganistán en su principal prioridad política exterior y en una de sus preocupaciones principales. Esta «guerra necesaria» es además el gran riesgo político exterior que deben afrontar los demócratas y tiene todos los ingredientes para envenenar la Presidencia de Obama durante todo este su primer mandato y, por tanto, para condicionar todo su proyecto político y personal e incluso su posible reelección. El fantasma de Vietnam y del fracaso de la agenda política del demócrata Johnson por culpa de una guerra lejana interminable planea de forma amenazadora sobre esta administración entrante y sobre el debate público americano de los próximos años.

A la Secretaria de Estado Clinton se ha añadido un peso pesado del establishment exterior, el Enviado especial para Afganistán y Pakistán Holbrooke, encargado de dirigir y coordinar los esfuerzos políticos en la región y de abordarlos en su conjunto con los demás países implicados.

No se trata sólo de emplear las tácticas más adecuadas en esta guerra irregular y de coordinar mejor el esfuerzo político-diplomático y el militar sino de acometer también las causas y conflictos políticos y diplomáticos más profundas que atraviesan la región y que impiden que los países de la zona actúen con la mayor energía para hacer frente a un peligro que también les atañe pero para el que, hasta ahora, han reaccionado de forma no siempre coherente y positiva.

2011 será el año cero para la coalición internacional en el que podría estar en juego la estabilidad de toda la región y no sólo de Afganistán además de la credibilidad de la OTAN y el liderazgo mismo de los EEUU.

Con toda su brutalidad y su simpleza los Talibán y sus grupos afines son un enemigo formidable. Practican una versión muy sencilla y eficaz de lucha contra Occidente en la que la guerra santa se convierte en el centro de la religión islámica y en polo de atracción para todo la insatisfacción y el radicalismo de los musulmanes del sub-continente indio, de Asia Central y del mundo entero y que se une a un todavía más primitivo nacionalismo tribal pastún. Esta mezcla resulta ser una causa extraordinariamente atractiva en la que convergen reclutas y aspirantes a mártires provenientes de medio mundo y que han hecho suya esta imagen de un Islam agredido que hay que defender con el martirio. Este jihadismo alimentado y difundido por internet tiene así una capacidad propagandística sencillamente devastadora.

La potencialidad desestabilizadora del modelo talibán en su mezcla explosiva de guerra santa y tácticas insurgentes es enorme y se presenta ahora con más fuerza y peligro que nunca. El abandono de Afganistán no sólo acabaría por destrozar ese país y sumirlo en otra guerra civil sino que haría peligrar a toda Asia central empezando por Pakistán e India.

Los cambios en las opiniones europeas y americanas y la lógica impaciencia de los gobiernos aliados pondrán a dura prueba el liderazgo norteamericano y su capacidad para mantener la unidad de la coalición y evitar retiradas unilaterales prematuras. Se verán obligados, por primera vez en una historia que empieza el 11-S de 2001, a ofrecer resultados ganadores y una estrategia con objetivos y plazos realistas que permita aliviar en un futuro predecible la carga política y militar del compromiso afgano. Es difícil fijar un horizonte temporal final pero hay que poner las bases de un cambio radical de tendencia en Afganistán en este año decisivo de 2011.

LA NECESIDAD DE LA PRESENCIA INTERNACIONAL

Desde las guerras de Corea y Vietnam es habitual en los medios norteamericanos plantear el debate sobre la definición del éxito militar y sobre el mejor método para llegar lo más pronto posible a ese punto en el que se pueden hacer volver a las tropas a casa. Sin embargo la historia de Afganistán nos demuestra que esa victoria es allí siempre escurridiza y que lo más a que podemos aspirar a llegar es a un arreglo o un equilibrio conveniente a nuestros intereses aún sabiendo que la capacidad de los afganos para romper cualquier acuerdo o para la discordia es más que notable y permanente. Habría que hacer un desmentido categórico de la categoría de Afganistán como tumba de imperios pero a la vez habría que recordar que todas las potencias que han actuado en esa región han tenido serias dificultades para encauzar y limitar los daños a sus intereses y objetivos como resultado de la cercanía o el trato con las tribus afganas.

Conviene empezar pues a definir lo que queremos obtener que sería lo mismo que decir las razones por las que hemos hecho la apuesta enorme de mandar tropas y gastarnos generosamente el dinero de los contribuyentes en un sitio tan apartado de nuestros ámbitos tradicionales de actuación. Supongo que hay consenso bastante para más allá de la retórica y el lenguaje de Naciones unidas acordar que nos contentaríamos con obtener un punto de equilibrio en el que un gobierno estable en Kabul apoyado por la comunidad internacional pudiera garantizar la seguridad

mínima de su territorio y negar a Al Qaeda y sus aliados la posibilidad de utilizar su suelo para su empresa terrorista global.

Convendría saber para ello en este punto cuales son los objetivos del Presidente Karzai y qué escenario de estabilización cree posible obtener con los medios que tiene a su alcance. El escaso progreso de las iniciativas de reconciliación nacional o de los planes de disolución de los grupos armados ilegales, que podrían totalizar unos 125.000 combatientes en todo el país, parece indicar que el gobierno de Kabul carece de ideas claras al respecto. Las iniciativas que se han producido, incluso con mediación de Arabia Saudita, dirigidas hacia el grupo Hizb-e-islami de Gulbuddin Hekmatyar no han producido frutos apreciables ni han sido continuados o desarrollados. Karzai hasta ahora ha parecido usar estas iniciativas más para consumo interno que con verdaderas ganas de llegar a algún lado.

Aunque el conjunto de la insurgencia carece de coherencia o incluso de capacidad de coordinación sobre el terreno, parece compartir la creencia de que estas llamadas al diálogo son muestras de debilidad y no de fortaleza por parte de Karzai y sus socios de la Comunidad internacional y por tanto deben ser despreciadas o utilizadas con fines propagandísticos para dar la imagen de debilidad de la coalición internacional. En este sentido comparten un propósito común de sería derribar al Gobierno de Afganistán y expulsar a los extranjeros infieles de su país y son indiferentes a las aperturas de Karzai o a los mensajes de la ONU o de ISAF.

Sería muy difícil hablar de una opinión pública afgana estructurada por la extrema división étnica y tribal de la sociedad afgana o por la dificultad de realizar estudios de esta naturaleza en las áreas rurales y especialmente en las que están sometidas al control de la insurgencia pero es posible entender el sentimiento predominante o las ideas que se hacen los afganos de los que les pasa y de lo que esperan del futuro pues a pesar de la estructura social existe una verdadera conciencia nacional afgana que se expresa como tal. La última encuesta, la 5.^a desde 2004, de la Asia Foundation resalta que el 70% de los encuestados dicen que la policía y el ejército afganos siguen necesitando el apoyo de las tropas extranjeras del mismo modo que señala que están decididamente cansados de la guerra y favorecen, en proporciones parecidas de un 71%, el proceso de reconciliación y diálogo con los alzados en armas

Aunque las dudas sobre la firmeza del compromiso occidental y el rechazo histórico a las ocupaciones extranjeras en podrían verse aumentados por la frustración de las expectativas generadas con la intervención

occidental de 2002 hay que seguir fiándose de la constancia expresada en estos datos en el apoyo a la presencia de ISAF y que se refuerza sobre todo por el miedo al regreso de los talibanes.

Los afganos saben que, en cualquier caso claro, son los contingentes de ISAF y de Libertad duradera quienes garantizan la permanencia del gobierno de Kabul y les protegen del regreso talibán y los que deberán seguir haciéndolo a la espera que las fuerzas afganas puedan hacer este trabajo en el futuro.

Es esa permanencia en el formato y más aún la percepción de esa permanencia lo único que puede detener hoy a los alzados en armas contra el gobierno de Kabul y lo que mantiene a los afganos, que no acaban de ver a los talibanes ganadores en esta lucha, aún de nuestro lado. Es poco lo que podría faltar para que se llegase a ese vuelco en la opinión pero es precisamente, ese poco (ese «tipping point») lo que todavía nos da la oportunidad de enderezar el rumbo afgano.

Se trata, una vez aceptada la idea de que esta es una guerra necesaria, de hacer que sea además una guerra posible y que detenga la actual espiral acelerada de pérdida de control, el «descenso al caos» del escritor Ahmed Rashid. Las claves siguen siendo, en un escenario mucho peor, las mismas que en 2002 y 2003: fuerza militar internacional, gobernación y desarrollo en el marco de una política regional que tenga en cuenta a los países vecinos, sobre todo a Pakistán, y a los demás actores regionales.

UNA NUEVA ESTRATEGIA ANTI-INSURGENTE

Progresivamente serán enviadas nuevas tropas norteamericanas en un número alrededor de los treinta mil que se añadirán a los casi 70.000 que están desplegados ahora. En efecto el Presidente Obama anunció en marzo el envío de alrededor de 30.000 soldados más lo que de hecho doblaba ya el total alcanzado al final de la presidencia de Bush y que podría llegar a triplicarse con esas nuevas tropas durante 2010.

No sólo se trata de reforzar los efectivos de ISAF y de Libertad duradera con nuevas tropas de combate y de apoyo sino de poner en marcha una nueva estrategia contra la insurgencia que en los próximos 12 meses pare primero su avance y su expansión geográfica, permita crear mejores condiciones de seguridad y de estabilidad, mantener el apoyo de la población afgana y hacer posible el crecimiento y el despliegue del ejército afgano en números suficientes.

Para proteger a la población de los ataques armados y el terrorismo sería necesario además cambiar las reglas de enfrentamiento e incluso los métodos de formación del ejército afgano. Se parte ahora de la asunción de que la búsqueda de la eliminación física de los talibanes y otros enemigos del gobierno de Kabul ha servido para extender la rebelión en un territorio tribal en el que la venganza es una deber fundamental y donde el umbral de dolor que se está dispuesto a soportar es muy alto desde hace décadas. Citando el informe del General Mc Crystal «los insurgentes no pueden derrotarnos pero todavía podemos derrotarnos a nosotros mismos».

El alto número de víctimas civiles ha contribuido además a degradar el apoyo a ISAF (aunque ISAF estima que el 80% de la bajas civiles son causadas por las acciones de los rebeldes y sólo el resto por sus fuerzas y las de Enduring Freedom) y por tanto a dañar la legitimidad de la coalición. Los métodos de ISAF serían, en este análisis, más peligrosos y más dañinos que la misma insurgencia en términos políticos. El uso de la potencia de fuego debería, en conclusión, ser limitado especialmente en situaciones en las que se pondría en peligro la vida de civiles o en zonas habitadas lo que no dejaría, por otro lado, de aumentar los riesgos de las tropas occidentales en el teatro de operaciones y por tanto sus bajas lo que no tendría un coste mayor en términos de la opinión pública occidental.

El hecho es que la insurgencia, en sus distintas composiciones, no ha dejado de explotar el descontento de la población en contra de ISAF y del gobierno de Karzai sin necesidad alguna, por otro lado, de ofrecer nada en términos de desarrollo o de mejoras sociales de ningún tipo. Les ha bastado con exhibir su poder y su capacidad armada acompañado del ejercicio del terror, la intimidación y de una justicia expeditiva y simple, más basada en la tradición pashtuna que en el Corán incluso en la versión nada sofisticada de los grupos talibanes y similares como Hizb-e-islami.

Toda reflexión sobre la lucha contra insurgente nos adentra en el terreno de la política nacional y local y en las cuestiones relativas a la incapacidad y la corrupción del gobierno de Karzai pues una gran parte de la insatisfacción y el rechazo que se trata de corregir ahora viene en gran parte de ahí. Convendría, por tanto, considerar la corrupción casi como una causa mayor y no menor de los problemas que la coalición debe atajar lo que da una idea de la complejidad de la tarea encomendada y que no es otra que la de apoyar a un gobierno poco fiable y con escasa legitimidad cuando lo que haría falta es uno responsable y capaz de reaccionar (“responsive and responsible”).

La relación entre los jefes militares y los agentes políticos y diplomáticos de la coalición será así una de las claves del progreso en esta línea. Se necesitará una más perfecta coordinación civil-militar de la existente hasta ahora sobre todo porque no se trata sólo de defender a la población, o al menos a las ciudades y regiones más pobladas, sino de encontrar un mejor equilibrio institucional y sobre todo político para que esos habitantes recuperen la confianza perdida en ISAF y en su propio gobierno o que se sientan representados y se integren en esa fórmula de gobierno, muy especialmente la minoría pastún que es la base del poder talibán. Más que la política de Kabul parece aún más importante la acción en el nivel sub-nacional y local que es donde viven y actúan la mayoría de los afganos y donde la acción civil y militar de la coalición tiene un impacto más relevante.

Es esa política, la de lograr aliados entre la población y erosionar los apoyos de la insurgencia para dividirla y en última instancia derrotarla lo que requerirá de presencia política sobre el terreno, de mayores fondos para acompañar las operaciones de contrainsurgencia y sobre todo de mejor inteligencia e información de la que hasta ahora se ha dispuesto por parte de ISAF frente a la mayor capacidad de los insurgentes en este ámbito.

Una de las aportaciones a esta reflexión que comparten europeos y americanos es la necesidad de acompañar este esfuerzo nuevo y estas tácticas anti insurgentes con un mayor despliegue civil y de mayores fondos para el desarrollo, sobre todo en la agricultura, de la que vive el 80% de la población afgana y genera el 55% del PIB. La agricultura está en Afganistán en estado de regresión y abandono por los destrozos de las guerras sucesivas y la falta de inversiones en infraestructuras de riego, semillas y formación adecuada mientras progresa la producción de amapola de opio que financia una parte considerable de la criminalidad y la insurgencia. Así se ha planteado la necesidad de una especie de Plan Marshall verde integrado y comprensivo que además de mejorar las condiciones de vida de la población, garantice la seguridad alimentaria y los afganos pasen de una agricultura de subsistencia a una de producción y, en último término, de exportación.

Como deberá, en algún momento, plantearse una salida de nuestras tropas la apuesta no puede dejar de pasar por reforzar de forma muy significativa a las fuerzas de seguridad afganas lo que requiere no sólo un aumento de sus efectivos sino una mejora de su capacidad y de la lealtad de sus efectivos y apostar por crear una relación nueva y de ma-

yor confianza entre los efectivos de ISAF y sus colegas afganos como modo además de aprovechar el prestigio relativo de que goza el ejército afgano entre la población, frente a la desacreditada policía. Como casi siempre el diagnóstico podría ser correcto e incluso los remedios recomendados pero faltaría sobre todo el tiempo requerido para poner algunos de ellos en marcha y la fecha establecido de 2011 para empezar a cambiar la realidad en el terreno de operaciones podría ser demasiado corta y acabar siendo más un plazo arbitrario que un compromiso realista y razonable.

Se trata de hacer dos cosas difícilmente compatibles a la vez; aumentar las fuerzas militares extranjeras de forma significativa y estimular a las autoridades de Kabul y a las fuerzas de seguridad afganas a que asuman su responsabilidad en una guerra que, al fin y al cabo, es la suya.

El viejo dicho afgano de que «vosotros tenéis los relojes pero nosotros tenemos el tiempo» podría hacerse desgraciadamente realidad. Esperar demasiado en tan poco espacio de tiempo podría ser el error definitivo en esta tierra terrible que se mueve en un momento histórico distinto y en el que la vida o la muerte valen cosas distintas que en Occidente. La enormidad de recursos empleados, la estrechez del margen temporal fijado y la impaciencia de los gobiernos y de las opiniones públicas, empezando por la de los Estados Unidos, podría convertirse en una combinación sencillamente letal que produjese un cansancio terminal en los EEUU y en el resto de la coalición.

Gran parte, con todo, del éxito de esta lucha contra la insurgencia, dependerá del resultado de la gran estrategia regional que se ha puesto en marcha y que nace del reconocimiento de que, con sus diferencias importantes, estamos ante un escenario que tiene dos caras la afgana y la paquistaní y que hay que ocuparse de ambas para negar a la insurgencia y al terrorismo jihadista sus bases principales en los territorios tribales de la frontera y al mismo tiempo defender a Pakistán de los ataques de los talibanes paquistaníes y de Al Qaeda. Aunque la mejora de la situación de seguridad en Afganistán y la contención de los avances de la insurgencia no dependen sólo de lo que pase en las FATA de Paquistán, dificultar o destruir sus operaciones en las zonas fronterizas o las de sus aliados allí instalados sería eliminar una ventaja táctica considerable que les ha permitido a los talibanes afganos sobrevivir primero tras su expulsión de Kabul en 2002 y reagruparse y reorganizarse después, con la impagable colaboración de sus contactos paquistaníes, en un ejercicio de duplicidad consentido que se ha revelado devastador a largo plazo.

En Afganistán no debemos olvidar que nos enfrentamos a un enemigo astuto, tenaz y capaz de esperar y resistir. Pero tan peligrosa puede ser la complacencia como el auto engaño o la falta de rigor. El gobierno de Kabul y el mismo Karzai sobrevivirán si son capaces de cambiar y tomar acta del enorme esfuerzo que se prepara a hacer la comunidad internacional. No pueden sobrevivir sin él y aunque de momento no haya alternativas a ese desacreditado Presidente o a sus compañeros de coalición tampoco deben pensar que a estas alturas su crédito es ilimitado y la paciencia occidental absoluta.

A la comunidad internacional, a los EEUU y a sus aliados europeos y atlánticos, toca insistir que es ya la hora de poner límite a la ineficiencia y la corrupción y de ampliar la base política y étnica del gobierno de Karzai acompañando la mejoría de la capacidad militar de ISAF y la llegada de refuerzos norteamericanos con políticas que afiancen su debilitada autoridad y promuevan la división entre los insurgentes y la reconciliación nacional.

El margen que tiene Karzai es estrecho pero es él quien debe coger la oportunidad que se le ofrece para reconducir el rumbo de las cosas en Afganistán y evitar el fracaso de todo un país que, todavía y a pesar de todo, resiste a los talibanes y su proyecto bárbaro y sangriento. La alternativa no es aceptable para la comunidad internacional y tampoco debería serlo para los actuales dirigentes afganos.

Si la comunidad internacional es capaz de mantener en el tiempo el compromiso con Afganistán adaptándose a los cambios tácticos y estratégicos que se irán produciendo y confrontar a la insurgencia con los medios y los métodos adecuados y se mantiene la presión en el lado paquistaní tendríamos una verdadera oportunidad para cumplir el mandato que se empezó a establecer en 2001 y contribuir así a la estabilidad de la región, a la reconstrucción y el desarrollo de Afganistán y a derrotar al terrorismo jihadista global en su base y su banderín de enganche principal.

PAKISTÁN

La sombra del vecino Pakistán ha pesado siempre mucho sobre los destinos afganos. Ésta ha sido también una de las ausencias más clamorosas de la política occidental. Desde el principio de la intervención contra los talibanes se habló de la necesidad de tener en cuenta la dimensión regional del problema afgano pero se avanzó muy poco en este razona-

miento y no nos ocupamos realmente del vecino Pakistán, actor principal en ese escenario del que es parte integrante y fundamental. Conformados, a falta de nada mejor con las seguridades que daba el entonces Presidente, el general Musharraf a Washington, se le perdonó una ambigüedad constante que le permitió mantener el apoyo americano y europeo, luchar contra Al Qaeda y salvar a la vez sus relaciones con los talibanes afganos y otros grupos jihadistas. En medio de la «guerra al terror» Pakistán siguió tratando de buscar una «profundidad estratégica» en Afganistán apoyando a los bandos y a los grupos afganos que pensaba podían serle más cercanos y favorables incluso si eso contradecía y hacía peligrar la intervención occidental en Afganistán. Eso era, al fin y al cabo lo que había hecho en el pasado, primero ayudando a la parte de la resistencia anti soviética que les merecía más confianza, luego a Gulbuddin Hekmatyar durante la guerra civil y, por fin, a los mismos talibanes, que nunca hubieran instaurado su régimen y derrotado a los demás grupos armados sin el apoyo y la ayuda paquistaní. Los talibanes nacieron en las madrassas de la frontera, fueron transformados en un ejército ganador de la guerra civil por los militares paquistaníes y, todavía hoy, es en los grupos islamistas y jihadistas de ese país donde cuentan con sus aliados más fiables.

El propio Musharraf, en su libro de memorias (“En la línea de fuego»), llega a desarrollar el concepto de la diferencia entre el buen jihadista y el terrorista malvado en un modo muy revelador de las complejidades de la posición paquistaní en esta materia.

Por eso hay pues que poner a Pakistán en el lugar prominente que le corresponde en este rompecabezas llamado AF-PAK y reclamar que, en un momento crítico como el actual, se pongan los medios, el interés y la voluntad política de establecer una posición europea común y una postura occidental coherente que incluyan una estrategia hacia Pakistán que sea algo más que una cita a pie de página o una referencia ocasional en los documentos sobre Afganistán. Hay que ocuparse, pues, de ese difícil y complejo país, definido en su día como el «más peligroso del mundo», en el que también hay una batalla fundamental que ganar contra los talibanes y el jihadismo.

En septiembre de 2001 Pakistán era el principal aliado y apoyo del régimen talibán. Desde entonces y con el forzado viraje del entonces Presidente Musharraf, la política paquistaní ha estado condicionada por la situación en Afganistán y las relaciones con Estados Unidos además de por la tradicional alternancia entre dictadores militares y gobiernos civiles débiles, en lo que el autor Zahid Hussein llama la «telenovela de la alter-

nancia entre gobiernos militares fuertes y civiles débiles» y una persistente ambigüedad estratégica.

Pakistán reviste así la condición desconcertante de ser un aliado tan importante como poco fiable. El establishment de seguridad de Islamabad ha sabido practicar un constante doble juego en sus tratos con nuestros enemigos afganos y jihadistas que, además de irritar a sus aliados y donantes occidentales ha acabado por confundir a su propia población y dificultar aún más la puesta en marcha de una política coherente y continuada contra el terrorismo y sus aliados tribales de la frontera. Es innegable que la insurgencia afgana está apoyada desde Pakistán tanto por la presencia de sus líderes en Quetta o en las zonas tribales de los FATA (“Federally Administered Tribal Territories») como por los lazos y alianzas con Al Qaeda y sus movimientos afines.

La caída de Musharraf tras una larga crisis política y la llegada de un gobierno civil se produjeron a lo largo de 2008, en medio de una tremenda ofensiva terrorista alqaedista y talibán que golpeó repetidamente el corazón de las ciudades principales de Pakistán y asesinó a uno de los líderes más importantes del país, la ex Primer Ministra Benazir Bhutto y llegó a acercarse a la capital desde el Valle de Swat. Ahora parece fácil decir que la duplicidad paquistaní llevaba inexorablemente al reforzamiento del poder talibán y a su extensión a nuevas zonas del territorio de Pakistán. Pero nadie podía prever la mutación y la enorme capacidad de adaptación del jihadismo paquistaní que ha conseguido transformarse en un actor autónomo de sus antiguos empleadores de los servicios secretos del ISI y a crear una agenda propia que amenaza la seguridad y la existencia misma de esa República islámica.

Este doble lenguaje de la diplomacia de Pakistán nace de un equívoco original que consiste en que mientras para nosotros los occidentales el enemigo común son los talibanes y Al Qaeda, para Pakistán la amenaza principal y obsesiva es la de la India contra la que la acción de los grupos terroristas jihadistas en Cachemira se convirtió en los años noventa en un eficaz instrumento de desgaste.

En Islamabad, Afganistán sigue siendo visto todavía como un escenario secundario de la rivalidad mortal con la India y no como un país cuya estabilidad y seguridad son valores en sí mismos e importantes para el mismo Pakistán. Para la clase política paquistaní un estado afgano sólo tiene sentido si es bajo la influencia de Pakistán pues, en otro caso y de caer en la órbita india, se produciría la peor de las pesadillas estratégicas, esto es, el cerco

de Pakistán por su peor enemigo. Pocas cosas hay hoy que más preocupen en Islamabad como la creciente influencia de la India en Afganistán y las actividades de los consulados indios cerca de las fronteras con Pakistán, Por ello para conseguir la más plena colaboración de Islamabad y crear un clima de confianza en materia de seguridad, tanto en la lucha anti terrorista como para dismantelar la retaguardia talibán en la frontera y en los territorios tribales y cambiar esa percepción del problema afgano visto a través de la enemistad con la India se necesita abordar la cuestión de las relaciones con la India y la percepción de la amenaza de ese país a la existencia de Pakistán como estado viable y empezar a superar más de 60 años de guerra y odio entre las dos potencias nucleares de la región.

Mientras la India se afirma en el mundo como potencia emergente y construye un poderío militar extraordinario no conviene olvidar que, mientras no se establezcan sólidos mecanismos de resolución de sus conflictos con Pakistán, este poderío y la estabilidad de toda la zona se edificarán sobre bases frágiles e inseguras.

Así la amplitud de miras y colaboración de los vecinos, especialmente de la India, será clave para conseguir que Pakistán cambie sus prioridades de seguridad nacional y tenga los medios para enfrentarse a sus enemigos internos y conseguir el desarrollo económico y social que necesita.

Los europeos tenemos mucho que hacer en Pakistán. En su calidad de primer socio comercial y uno de los donantes principales de Pakistán, la Unión europea debe ahora seguir una estrategia política y adecuada que complemente lo que se hace en Afganistán y ayude a la contención y derrota del jihadismo y de los grupos Talibán en Pakistán. Esta estrategia debe tener un componente principal en materia de seguridad pero no puede olvidarse de las cuestiones comerciales, el apoyo a las instituciones democráticas, el desarrollo social, los derechos humanos y cuestiones como la capacitación y formación de los cuerpos de policía y la reforma de la justicia.

La falta de atención europea hacia Pakistán se demuestra muy fácilmente, constatando el escaso número de visitas de los líderes europeos y el bajo nivel de interlocución europea con las autoridades de Islamabad, con la única excepción del Reino Unido. Pakistán debe, en este momento crucial, obligatoriamente, pasar a ser uno de los destinos obligados del futuro Alto representante de la UE.

Si reconocemos el peso de Pakistán, del que su capacidad nuclear es pieza clave, y el enorme peligro para la paz regional y la estabilidad mun-

dial que sería perder a ese país o verlo desintegrarse frente al jihadismo y el terrorismo deberemos reconocer la necesidad de un replanteamiento urgente de los objetivos de la presencia y la política occidental y europea.

Esto está afortunadamente cambiando y empieza a ser importante el esfuerzo norteamericano y europeo hacia Pakistán. Los EEUU convirtieron al Pakistán del general Musharraf en aliado clave en la lucha contra el terrorismo, con la declaración de Pakistán en 2004 como «Major non NATO ally», llegaron a dar alrededor de 10.000 millones de dólares en ayuda desde 2001, de la que el 75% correspondió a ayuda militar y contra el terrorismo. Tras la caída de Musharraf y la llegada de un gobierno civil, en medio de una grave crisis política y económica, de ataques terroristas terribles en las principales ciudades del país y de una ofensiva militar en las zonas tribales y en los territorios del norte, con el Presidente Obama se ha intensificado aún más la colaboración bilateral. En 2008 destinaron 1290 millones de dólares en ayuda militar y civil a Pakistán y se incrementará notablemente la ayuda no militar que podría triplicarse y alcanzar los 1500 millones de dólares anuales durante los próximos cinco años de acuerdo a la iniciativa Kerry-Lugar. Aunque todavía existen divergencias importantes entre la visión estratégica norteamericana y la paquistaní parece estar produciéndose una notable mejoría en la colaboración contra el terrorismo en materia de inteligencia y especialmente con la acción del ejército contra los talibanes paquistaníes en las áreas tribales de la frontera y la intensificación de los ataques con aviones no-tripulados que actuarían con informaciones suministradas por los propios servicios de información de Pakistán. De momento son los talibanes paquistaníes de Swat y de Waziristán del sur en rebelión abierta contra el estado los que son atacados por el ejército. Falta por ver si esa operación continua luego contra la red Haqqani en Waziristán del norte y la Sura de Quetta del Mulá Omar, aliados de Al Qaeda y dos de los grupos insurgentes afganos más peligrosos.

La actuación del ejército paquistaní y de las fuerzas paramilitares en Waziristán del sur obedece, en primer lugar y como no podría ser de otra manera, a sus intereses propios y responde a la amenaza primordial planteada al estado paquistaní por parte de la versión local de los talibanes afganos y sus aliados en el conglomerado jihadista. Pero esta actuación nace de la presión norteamericana y no tiene visos ni posibilidad de ser mantenida y ampliada sin la cooperación y la ayuda militar de los EEUU y la coordinación con ISAF.

Por todo ello es imprescindible elevar e intensificar todo lo que sea posible el nivel de las relaciones con Pakistán y superar la indiferencia y el

desinterés del pasado o la idea de que con Pakistán sólo hay que hablar de cuestiones policiales o de la lucha contra el terrorismo. La Unión europea parece haber empezado a hacerlo e, incluso en momentos de relevo y de cambios institucionales importantes y 2009 ha sido un año muy determinante para la aparición de una estrategia de la UE en toda la región y especialmente con Pakistán.

El 17 de junio se celebró la primera Cumbre ad-hoc UE-Pakistán que buscaba dar un respaldo político al estado paquistaní y a sus instituciones democráticas. Fue la crisis política y de seguridad la que finalmente movió a los líderes europeos a dar este paso y reconocer, de este modo, la importancia estratégica de Pakistán. La Cumbre sirvió además para subrayar la importancia de la lucha anti terrorista y de otras cuestiones bilaterales como las referidas al desarrollo de las relaciones comerciales, la migración, el apoyo a las instituciones y a la democracia, etc.

Esta Cumbre que correspondía a una vieja aspiración paquistaní se ha convertido en el primer resultado de la nueva estrategia AF-PAK de la UE fijada en el Documento de base conjunto de la Comisión y el Consejo de 7 de mayo, titulado «Compromiso de la UE con Afganistán y Pakistán» y que se refleja también en la Declaración del Consejo de junio sobre ambos países.

La UE también participa, junto a varios estados miembros a título individual, de forma muy activa en el «Grupo amigos del Pakistán democrático» grupo creado en 2008 y que se perfila como un foro político estratégico que actuaría en paralelo a los grupos de donantes como la reciente Conferencia de Tokio o el Foro de desarrollo de Pakistán.

Además del diálogo en materia de lucha contra el terrorismo y del apoyo a la sociedad civil y a la capacitación de a las fuerzas de seguridad, la UE actuará a largo plazo también en la rehabilitación y reconstrucción de las zonas afectadas por los combates contra los talibán y otros grupos armados extremistas, especialmente en el llamado Plan Malakand en la provincia de NWFP. Sin olvidar que la UE ya ayuda en materia humanitaria para paliar la suerte de los casi dos millones de desplazados por las operaciones del ejército en varias zonas del país.

La reforma de las estructuras y leyes coloniales para la integración de las zonas tribales de la frontera en el resto del país y la normalización institucional de esos territorios es una de las asignaturas pendientes de Pakistán para la que la ayuda de los donantes será fundamental. La talibanización de las FATA no es tanto el resultado de tradiciones locales

como de políticas de bajo vuelo y de la falta de reformas y oportunidades y la continuidad de las estructuras coloniales que aíslan a esa región del resto del país y la separan de la provincia de NWFP, como señala el informe de Octubre de 2009 del International Crisis Group. Del mismo modo la reforma del sistema de gobierno de los territorios del Norte, como Swat y la puesta en marcha del Plan Malakand con apoyo internacional serán necesarios para romper las condiciones de marginación y aislamiento que favorecen la presencia de grupos talibanes en esas otras zonas del país.

Pakistán es una asignatura político diplomática olvidada que hay que empezar a estudiar con atención. El juego político interno de ese gran país musulmán debe ser seguido y atendido con interés, tratando de ayudar a la consolidación del sistema democrático, a promover los valores y derechos universales, al desarrollo económico y social de un Pakistán estable y predecible y para que Pakistán juegue un papel positivo en toda la región.

Pakistán atraviesa una fase de serias turbulencias de carácter político que continúan la crisis que llevó a la caída del General Musharraf y siguió al asesinato de la líder del Partido Popular de Pakistán Benazir Bhutto. Desde entonces asume la presidencia de esa República islámica su viudo Asif Ali Zardari y la jefatura del gabinete el también miembro del PPP Raza Yusuf Gillani. El Punjab, que es la principal provincia de Pakistán está por el contrario en manos de sus rivales del Partido de la Liga Musulmana del ex-Primer Ministro Nawaz Sharif. El año que viene el Presidente tendrá que reconfirmar o cambiar al Jefe del ejército General Kiyani y de aquí a entonces no sabremos si, en medio de este momento decisivo para la agenda mundial, Pakistán sigue siendo el socio imprescindible que necesitamos en la región. Varios factores pueden complicar las cosas, entre ellos que la defensa del ejército de su autonomía estratégica le lleve a hacer a continuar la ambigüedad y la duplicidad en su relación con Occidente y en la lucha contra los talibanes afganos y el jihadismo o que se produzca otra crisis política en la Jefatura del Estado que lleve a un enésimo cambio de liderazgo y de gobierno.

Pakistán deberá, al final, elegir entre contribuir a la derrota talibán y del jihadismo o correr el riesgo de encontrarse abandonado y aislado en un escenario que sería mucho peor que el actual. El mundo ha cambiado mucho desde que se inició esta guerra y Pakistán deberá adaptarse y transformar su modelo y su estrategia de seguridad nacional.

LA OTRA DIMENSIÓN REGIONAL

La actitud europea debe tener en cuenta que aunque Pakistán es clave para Afganistán los demás vecinos de la región tienen también que participar en la sostenibilidad y estabilidad de un Afganistán. Toda estrategia europea necesitará de ser acompañada por una constante acción hacia los demás países vecinos con los que tenemos instrumentos distintos de relación y medios de influencia y presión importantes.

El escenario Af-Pak es parte de un rompecabezas de conflictos latentes e intereses cruzados en el que intervienen los vecinos inmediatos y las potencias de la zona. Rusia, China y sobre todo India son partes interesadas y afectadas por la inestabilidad afgana y paquistaní y la amenaza del terrorismo jihadista.

Por distintos motivos y de distinta manera estos tres grandes países deben estar involucrados en toda estrategia en la región.

La rivalidad y las guerras entre dos potencias nucleares como India y Pakistán y que tienen su centro en el conflicto de Cachemira son el origen de una doctrina de seguridad nacional paquistaní que concentra su fuerza militar en la frontera este y por tanto reduce la capacidad de acción contra el enemigo talibán del oeste. La inferioridad de Pakistán desde el de vista convencional frente al coloso indio explica la utilización por parte de ese país de instrumentos de desgaste irregulares como los grupos jihadistas que actúan en Cachemira o en otras partes de la zona y las connivencias con el conglomerado terrorista de los aparatos de inteligencia del estado paquistaní. Su capacidad desestabilizadora es enorme y potencialmente devastadora, como se demostró cuando ambos países estuvieron al borde del precipicio de un conflicto general en 2002 tras los atentados en Cachemira y Delhi.

La doctrina de la «profundidad estratégica» paquistaní, que provocó el apoyo a Hekmatyar primero y a los talibanes después, nace de esa rivalidad con la India y de esa inferioridad convencional. Aunque sólo fuese por la necesidad de terminar con las actividades terroristas valdría la pena que continuase el «diálogo omnicompreensivo» entre indios y paquistaníes. Aunque se ha mantenido este proceso y el clima bilateral ha mejorado, a pesar incluso de los atentados de Mumbay de noviembre de 2008, no se han producido avances en ninguno de los asuntos de fondo pendientes (Cachemira, Glaciar de Siachen, Sir Creek, etc.) que todavía envenenan las relaciones entre estos dos países nacidos de la partición de la antigua India británica.

Los indios se negaron a que este expediente se incluyese, siquiera indirectamente, en la cartera del enviado norteamericano para Afganistán y Pakistán, Richard Holbrooke o a que se mencionase siquiera este asunto en el dossier regional pero a nadie se le escapa que todo progreso en el «diálogo omnicomprendivo» ayudaría a mejorar las cosas en la región y por tanto la cuestión afgana y la situación misma paquistaní.

Un fracaso occidental en Afganistán que desestabilizase a Pakistán sería, finalmente, la peor de las noticias para la India que sufriría inmediatamente las consecuencias frente a su enemigo interno y externo jihadista y terrorista. Mientras la India se afirma en el mundo como potencia regional con aspiraciones globales y construye un poderío militar extraordinario, no conviene olvidar que mientras no se establezcan sólidos mecanismos de resolución de sus conflictos con Pakistán y no se avance en ellos creando un clima de mayor confianza e intereses compartidos en el área de seguridad existirá siempre el peligro de una crisis bilateral y de la vuelta atrás al camino de la confrontación.

La colaboración de los vecinos, especialmente de la India será clave para conseguir que Pakistán cambie sus prioridades de seguridad nacional y tenga los medios para enfrentarse a sus enemigos internos y conseguir el desarrollo económico y social que necesita su población.

Rusia es un país importante que debe estar incluido en el esfuerzo internacional. No sólo porque es fundamental para el abastecimiento de nuestras unidades y ejerce una enorme influencia en las Repúblicas de Asia central fronterizas o cercanas a Afganistán sino porque está también directamente interesado en la estabilidad de sus fronteras meridionales y tiene una larga historia de trato y conocimiento de las cosas afganas y también una gran responsabilidad en la historia de Afganistán. Esta preocupación por sus fronteras asiáticas es una constante de su política exterior y debe ser puesta en el bagaje positivo del compromiso internacional. Los destinos de repúblicas heredadas de la URSS tan importantes como Uzbekistán, serían, sin duda, seriamente amenazados por una nueva talibización afgana o por el caos o la guerra civil subsiguientes

China mira con preocupación la evolución en el escenario Af-Pak. Su rivalidad con la India no le impide tener un enemigo común en los movimientos jihadistas, presentes en la región de Xin-Jian, el antiguo Turquestán chino, y que se alimentan de los conflictos entre los Uigures y los Han. Su vieja alianza con Islamabad no le protegería de un desbordamiento del jihadismo desde sus bases afganas y paquistaníes y la desestabilización

del estado paquistaní le privaría de un importante apoyo regional. El actual establishment paquistaní persigue, en aras de su amistad con China, a los jihadistas chinos musulmanes pero la pérdida de control en la zona amenazaría a China de forma directa con la apertura de una nueva causa islamista contra el poder chino. Bastaría poco para que se uniese la causa uigur a la lista de los agravios de la Umma de los creyentes y a las banderas de enganche del terrorismo global junto a Palestina, Chechenia, Cachemira, Irak y Afganistán. Sería entonces China el tercer Imperio a derrotar en la mitología de la Jihad mundial.

Irán tiene una situación particular en este escenario y cuanto menos un papel ambiguo. La potencia chiíta mantiene una rivalidad larvada con Pakistán de quien envidia su condición de potencia nuclear. Pakistán, a pesar de que la red de contrabando nuclear del Doctor A. Q. Khan que le suministró aceleradores de partículas y planos, lo último que desea es tener a otro vecino atómico. Irán como protector de la minoría chiita de Afganistán ya se enfrentó a la política del dictador Zia Ul Haq y a su versión del Islam sunita de inspiración saudita que, entre otras cosas, marginaba y perseguía a los musulmanes de las demás sectas y sobre todo a los chiitas. La rivalidad árabe-persa actúa también en Pakistán y Afganistán por vía interpuesta y tanto el dinero del Golfo como el de Teherán promueven la difusión de sus respectivas versiones del Islam a través de sus afines locales. Irán, como los demás vecinos, actúa por vía interpuesta, a través sobre todo de las minorías chiitas, en este escenario Af-Pak y aunque sólo fuese por su aversión a los talibanes carecería de interés en la derrota del gobierno de Kabul aunque podría jugar a desgastar a su enemigo norteamericano en el escenario afgano. La extensión del jihadismo sunita podría afectar al Baluchistán iraní por la acción de los grupos tribales aliados de los talibanes y de otros grupos insurgentes o criminales, ligados al narcotráfico. Aunque esta es una cuestión diversa es evidente que una mejoría de las relaciones del régimen iraní con Occidente podría contribuir a una más positiva actuación iraní en las cosas afganas en donde se ha acusado a Teherán de armar a grupos insurgentes y de una constante intervención en las zonas fronterizas, especialmente en la de Herat.

Sin responsabilidad regional no habrá solución y no parece claro que estos países estén interesados en que del desgaste de ISAF se pase al desastre a la retirada internacional y a la destrucción del equilibrio inestable actual, en Afganistán y en las cercanías, en beneficio de los talibanes.

Los países árabes del Golfo y Arabia Saudita, ausentes en el terreno militar son, sin embargo y por razones bien distintas, una de las claves

financieras, políticas e ideológico-religiosas de la cuestión. El dinero árabe sigue financiando madrassas e instituciones islámicas de todo tipo en Afganistán y Pakistán y parece claro que algunos grupos jihadistas e insurgentes reciben ayudas importantes que de esa parte del mundo. Su capacidad de mediación es importante y podría ser útil para algunos procesos de acercamiento con parte de la insurgencia en algún momento. La condición de guardianes de la Meca de la dinastía saudí otorga a las instituciones de ese país un peso relevante en toda la Umma y, por eso, el liderazgo y la autoridad de los monarcas y los clérigos saudíes es innegable.

CONCLUSIÓN

En cualquier análisis estratégico o informe de situación sobre el escenario afgano paquistaní, el llamado AF PAK, de los que circulan en Washington o en cualquier otra capital atlántica o europea, se señala hoy que estamos en un momento clave, decisivo y crucial en la empresa de estabilización y reconstrucción asumida por la comunidad internacional en ese escenario regional y muy especialmente por los Estados Unidos, la OTAN y sus aliados de la coalición, incluyendo, claro está, a la Unión europea y al resto de la Comunidad internacional. Le ha tomado mucho tiempo al Presidente Obama decidir cuál es el curso a seguir a la vista de la revisión estratégica y táctica que su equipo realizó desde el momento de su llegada a la Casa blanca. Se anunció, finalmente, una nueva estrategia de lucha contra la insurgencia y un importante aumento en el número de soldados americanos desplegados en el terreno tanto en misiones de combate como en misiones de formación del ejército afgano.

El Plan Obama propone un aumento de los efectivos en Afganistán, incluyendo más tropas norteamericanas y también europeas y realizar un giro en la manera de actuar, en las normas de enfrentamiento con el enemigo y en la relación con la población afgana. En los próximos meses se producirá un esfuerzo intenso en medios humanos civiles y militares y en recursos materiales por parte norteamericana lo que aumentará la hegemonía y la responsabilidad de los EEUU en esta operación internacional. Barack Obama podría jugarse su presidencia y parte importante del liderazgo de su país en una decisión compleja que admite poco margen para el error y que incluye una estrategia regional que reforzará el papel de Pakistán en la solución de esta grave crisis.

Nos jugamos ganar la batalla más importante contra el terrorismo global, la credibilidad misma de la OTAN y la paz de una zona altamente peligrosa.